

La verdad que defiendo, es más importante que mi propia vida.

Si una sociedad no cree en nada, si no inculca en sus integrantes elevados principios morales, no podrá alcanzar el alto nivel de motivación esencial para perfeccionarse, renovarse en pos de servicio y amor.

Existen bien probados, ancestrales invaluables principios; la justicia, la libertad, igualdad de oportunidades, el coraje, la dignidad de la persona, la responsabilidad individual. Todo compatible con la renovación social.

El problema no consiste en encontrar valores más altos, sino ser fieles a lo que ya tenemos y son harto suficientes, y, en darles vida a nuestras instituciones.

La transformación de nuestra sociedad, constituye una inmensa tarea, en la que deben participar obligadamente todos los hombres y mujeres capaces y valerosos que, con decidida intención de resolver problemas, estén dispuestos a luchar contra los males de nuestra época.

Pero lo que no tenemos, son bastantes personas decididas a esforzarse para resolver efectivamente los problemas que nos aquejan.

Lo que hay que hacer es dirigirse en primer lugar al complaciente grupo indolente de ciudadanos sentsifectos de sí mismos que medran sin la sagrada misión de servicio y amor con los beneficios de nuestra sociedad; pero que no son capaces de - al menos - proponer ideas para resolver ninguno de los problemas que lo afligen.

Habría que dirigirse también a los hombres con determinado poder que se conforman con tener instituciones autocráticas, cuando podrían transformarlas; a aquellos de nosotros que todavía no se sienten identificados con los principios y valores espirituales que deben practicar, defender y hacer compartir.

Todos, considerados como pueblo, todavía podemos rectificar el camino.

Si queremos una sociedad sana, con servicio, amor, solidaridad, compasión y tolerancia, basta que no nos crucemos de brazos y nos dejemos llevar por la violencia, el caos, propios del abyecto anacrónico comunismo.

Es una gran misión que cumplir votando en primera instancia por quien nos asegure libertad y - si se quiere - al extremo, de sufrir privaciones y sacrificios necesarios.

Nosotros, actuando en nuestras comunidades locales, y luego en todo el país, podemos lograr la sinergia necesaria para unificar nuestra sociedad, actualmente desintegrada; para reconstruir una Nación en la que los hombres vuelvan a relacionarse en un clima de confianza y respeto mutuo, donde en realidad compartamos una meta común y en donde trabajemos todos por los ideales heredados atávicamente de nuestros ancestros.

Solo así podemos restituir y hallar el camino del bienestar popular.

Crearemos así una sociedad capaz de solucionar continuamente.

Nosotros, el pueblo de Nuestra Nación, somos los únicos capaces de hacerlo.

Nadie podrá hacerlo por nosotros.

Se dice que el IDEAL ha muerto; que se halla en agonia; envenenado por el egoísmo, perseguido por el hartazgo o la indiferencia, mutilado por la violencia y la corrupción y la antipatria, que la noble inspiración se ha extinguido.

No es Argentina una sociedad enferma. Es una sociedad profundamente perturbada y confusa.

De todos los males, el peor, la
confusión.

Las soluciones originaron
nuevos problemas, tras los cuales ven-
drán nuevas soluciones, luego, otros
problemas y la vida sigue, pues la vida
es una guerra, donde cada día es una
batalla contra el mal.

PrisioneroEnArgentina.com